


# HORIZONTES DE CASTILLA

---

EL PAISAJE GEOGRAFICO  
DE VALLADOLID  
Y  
LAS HAZAÑAS DEL PISUERGA



Discurso leído para su recepción en la Real Academia  
de Bellas Artes de Valladolid

por

D. JUSTO GONZALEZ GARRIDO

y contestación por

D. FRANCISCO DE COSSIO

el día 8 de Noviembre de 1953



EDITORIAL  
MIÑÓN, S. A.  
VALLADOLID

# HORIZONTES DE CASTILLA

---

EL PAISAJE GEOGRAFICO  
DE VALLADOLID  
Y  
LAS HAZAÑAS DEL PISUERGA

---

Discurso leído para su recepción en la Real Academia  
de Bellas Artes de Valladolid

por

D. JUSTO GONZALEZ GARRIDO

y contestación por

D. FRANCISCO DE COSSIO

el día 8 de Noviembre de 1953



EDITORIAL  
MINÓN, S. A.  
VALLADOLID

DISCURSO

## I

### SEÑORES:

*Es costumbre que la modestia o la natural elegancia de espíritu imponen en actos como el que celebramos, hacer protestas más o menos sinceras sobre la falta de méritos del recipiendario para su ingreso en la Corporación a que es llamado. Mas en este caso la prevención es obligada, porque, bien a pesar mío, llego aquí sin bagaje adecuado para formar parte de esta Academia.*

*Yo no traigo a ella ni títulos ni cargos de su índole; ni autoridad, ni prestigios que hayan podido influir en el ánimo de los señores académicos para mi elección. No cuento con ninguna de tales condiciones, ni participo de excelencias o virtudes de otro carácter que suplan o disimulen la carencia de estos merecimientos.*

*Mis modestas publicaciones, mis escasos libros, ya olvidados, por entre cuyas páginas asoman, tímidamente, a veces, ciertas preocupaciones artísticas a través de los relatos de viaje o de las descripciones geográficas, no podían tampoco servir a personas menos benévolas que vosotros para otorgarme el honor conferido.*

*Ello me obliga, naturalmente, a un vivo reconocimiento de gratitud al menos hasta el punto a que ha llegado vuestra benevolencia para designarme como compañero y enaltecerme con la merced de sentarme entre vosotros y ayudaros en vuestras tareas.*

*Sólo puedo prometeros que procuraré hacerme digno de ellas y prestar mi concurso en la medida que la escasez de mis facultades lo consienta.*

\* \* \*

*Me abruma también la circunstancia de que el que me precediera en el asiento que tras este acto he de pasar a ocupar, era una figura prócer de la Iglesia que rigió las diócesis episcopales de Jaca y Segovia y dejó este mundo siendo arzobispo de Burgos y Conde de Castro.*

*Ya comprenderéis que me refiero a D. Manuel de Castro Alonso, que formó su espíritu y siguió en esta capital simultáneamente sus dos carreras jurídica y sacerdotal, siendo a los 28 años canónigo de la S. I. M. y catedrático de Teología en el Seminario Diocesano.*

*Dedicado por ello al estudio profundo de los más autorizados escolásticos, publicó en latín su magna obra de Teología dogmática en cuatro copiosos volúmenes que ha servido de texto en muchos Seminarios de España y extranjeros, colaborando a la vez en varias revistas religiosas, con notables artículos sobre análogas disciplinas.*

*En atención a su cargo de archivero catedralicio, publicó el Episcopologio de Valladolid, con la biografía de todos los obispos que ocuparon esta sede y dió a la publicidad, en texto bilingüe, las Encíclicas de León XIII y un comentario de la Encíclica Pascendi de Pío X que condenaba el Modernismo religioso.*

*Esta incansable labor de publicista fué aun superada en intensidad y entusiasmo por su elocuente apostolado desde la cátedra sagrada, pues, como recordaréis muchos, era facilísimo y elegante orador, cuya palabra escuchaban los fieles tan admirados como devotos, rendidos siempre a su copiosa doctrina evangélica y a su clara exposición.*

*El ilustre Cardenal Cascajares, que apreciaba sus extraordinarias dotes, le nombró, a los 38 años, obispo auxiliar cuando fué trasladado a Zaragoza; pero habiendo fallecido al poco tiempo S. I., hubo de quedar sin efecto el nombramiento.*

*La personalidad relevante del doctor Castro desplegaba simpatía por todas partes, influyendo tan activa como bondadosamente en la vida local, de la que era ornato y prestigio, con un*

*fuerte arraigo de cordial admiración, teniendo un amigo en cada convecino.*

*De carácter abierto, franco en el trato y afectuoso de corazón, ni aun cuando ocupaba los más altos cargos dejó de tratar y considerar a todos, no sólo con afabilidad, sino con llaneza habitual y hasta con verdadera campechanía castellana, sin menoscabo de su propia dignidad episcopal.*

*Era por todo ello tan ilustre como popular, y cuando fué nombrado obispo de Jaca, el Ayuntamiento de Valladolid se creyó obligado a apadrinarle en el acto de la consagración, y una multitud de amigos y admiradores de esta ciudad llenaba los trenes para acompañarle y vitorearle en tan solemnes ceremonias, viendo en su merecido encumbramiento la justicia hecha a una gloria local.*

*El correspondía a este afecto entusiasta con los más delicados sentimientos de gratitud, y frecuentemente, cuando las ocupaciones de sus cargos lo permitían, visitaba esta su ciudad natal, recibiendo siempre colurosos homenajes de afecto.*

*Vida de tanto trabajo, cuidados y emociones no podía ser muy larga. El Pontífice Pío XII la premió también, con ocasión de sus bodas de oro con el Sacerdocio, nombrándole asistente al Solio Pontificio y Conde de Castro; ungiólo, pues, con un nombre ilustre en los fastos de la historia patria. Pero ya estos honores no le vinculaban al mundo, porque aquella inteligencia poderosa que, exaltada por una férrea voluntad, había desarrollado en la vida labor tan ingente con la palabra y con la pluma, con el consejo y con la acción, que hubo de llegar en los últimos años hasta a la dirección de los grandes destinos nacionales... como si de pronto se hubiese rendido al fin al sobrehumano esfuerzo, fué sumiéndose lentamente en la inconsciencia hasta arrastrar a la tumba la propia vida física en el año 1944.*

*Tal era mi predecesor, al que mi insignificancia no podrá en nada sustituir.*

## II

### EL PAISAJE LITERARIO

Al pensar en un asunto para nuestra disertación tal y como es uso desarrollar literariamente en acto semejante a éste, no he podido sustraerme al sedimento dejado en mi espíritu viajero por una inclinación poderosa que he sentido y me ha dominado en todas las circunstancias propicias de mi vida: la de recrearme con la contemplación y análisis del paisaje, no sólo por su rico y expresivo valor artístico—ya recogido y examinado acertadamente por el Secretario de esta Corporación Sr. Rodríguez Díaz, en su discurso de ingreso—sino también como síntesis de los factores geográficos que constituyen la naturaleza de un país.

Toda la geografía, dice Sorre, el sagaz escrutador de las tierras mediterráneas, se halla en el paisaje. El observador no necesita más que analizar esos elementos y ver cómo se influyen recíprocamente en mutua dependencia y armónica conjunción.

Así mirado, no hay en realidad paisaje insignificante. Todos, por pobres y míseros que sean o parezcan, encierran—aparte de las bellezas que puedan ofrecer—un sentido misterioso de su valor como expresión sintética de las condiciones y circunstancias en que la vida de la naturaleza se desarrolla y ha obrado para formar un país; de tal manera, que es la vida resultante del ambiente geográfico y del relieve territorial. Por eso ha podido definirle un pensador insigne como «la perspectiva de una comarca natural».

En la variedad infinita de ellas se revela claramente la riqueza de fuerzas y recursos con que la Naturaleza cuenta para plasmar estas unidades naturales con personalidad y caracteres distintivos entre unas y otras, como las prodigiosamente varias de la fisonomía humana, en que rara vez, a pesar del frecuente parecido, se encuentra la absoluta igualdad.

El territorio con sus accidentadas formas, las rocas y minerales que recubren la superficie de la tierra en un punto dado, la

vegetación y la fauna que la pueblan, las aguas huyentes en el cauce de los ríos o estancadas en los lagos, indómitas e incansables en el mar, el aire de la atmósfera que todo lo baña y envuelve; la luz del cielo que en ella penetra, originando a través de las estaciones y del día, la claridad y la sombra, el calor y el frío..., todos los fenómenos atmosféricos influidos por estas potencias que mueven los vientos y determinan las lluvias, constituyen las poderosas energías que la Naturaleza despliega continuamente ante nuestra vista para formar y renovar sin descanso, el medio en que la vida se desarrolla, modelándola a su influjo; y cuando estos agentes naturales se fijan y compenetran de una manera determinada, con estrechas relaciones recíprocas en las que colabora también a veces la inteligencia humana con sus obras, ofrecen a la contemplación en sus armónicos conjuntos, una variedad de vivos escenarios en que las impresiones artísticas, las imágenes maravillosas que proporcionan y las reflexiones e ideas que sugieren, elevan y recrean el espíritu con la misma intensidad y complacencia que la más lograda obra de arte; pues no hay en la inspiración artística nada que la naturaleza no pueda sobrepasar.

«Todo arte es imitación de la Naturaleza» decía nuestro Séneca; pensamiento a que supo dar novedad Eza de Quirós, cuando afirma que «el arte no es más que un compendio de la Naturaleza formado por la imaginación».

Claro que la apreciación y la valoración íntegra de un paisaje geográfico supone algo más: requiere un análisis más detenido y relacionado que lo que basta a una sencilla impresión literaria y es, además algo diferente de una interpretación artística.

Ni el género descriptivo en la literatura moderna, ni la inspiración estética en la literatura clásica consiguen nunca y, naturalmente, no se proponen siquiera, dar una idea de lo que constituye el paisaje geográfico.

En la cultura antigua la ingenua minuciosidad descriptiva logra dar la impresión de la Naturaleza, con imágenes mitológicas a veces de los elementos naturales; pero no es fácil encontrar en las obras literarias de griegos y romanos la integración de un verdadero paisaje.

La emoción de la Naturaleza es entonces ajena a la inspira-



ción del arte. Aun los talentos más refinados no la concedieron nunca verdadera importancia. Al espíritu clásico, que tanto ha influido en nuestra cultura occidental, sólo le interesa realmente el hombre y el juego dramático de las pasiones humanas. El paisaje local que frecuentemente servía de fondo, no era para ellos más que un elemento decorativo de la vida y su simpatía hacia él no llegaba nunca a la delectación, complicándose con otros sentimientos menos interesados y nobles.

Homero ve el campo no más que como escenario de luchas y epopeyas; Horacio y Virgilio ponderan ante todo con espíritu práctico el bienestar material que el campo proporciona. Cicerón se acoge a su villa tras las borrascas de la vida pública, buscando su sedante placer. Julio César pasa indiferente ante los Alpes, buscando en las Galias, en Germania y en Britania, lo que convenía a la política de Roma. El espíritu quedaba satisfecho con la observación de los fenómenos naturales, sin asomos de preocupación sobre sus causas y relaciones que atribuyen a la voluntad de las divinidades mitológicas.

Si en las postrimerías de la literatura medieval el Petrarca llega a dar la impresión de sentir el paisaje delicadamente, bien pronto el Renacimiento restablece las limitaciones y la preocupación dominante en la vida clásica: el hombre con sus actos heroicos interpretados por una cultura de humanidades.

El sentido de la Naturaleza es completamente moderno y es el Romanticismo, bajo la influencia avasalladora de Rousseau, el que rinde su admiración con fina sensibilidad ante las gracias de la Naturaleza. Tras él, Bernardino de Saint Pierre es ya un admirable paisajista, hasta que los novelistas franceses del siglo XIX despliegan brillantemente sus concepciones sustantivas del paisaje con una delectación y un sentido que despiertan la emoción de la Naturaleza.

Teófilo Gautier y Jorge Sand hasta aparecen en sus descripciones literarias animados por una exactitud que alcanza atisbos de preocupación geográfica. Mas en realidad la comprensión cabal y exacta del concepto del paisaje, como integración de sus elementos geográficos, no aparece sino en los alemanes Alejandro de Humbolt y Richter. El primero sobre todo dibuja ya verdaderos

paisajes naturalistas. Darwin también en sus interesantes viajes, describe en páginas admirables, horizontes geográficos lejanos y estudia a conciencia, guiado por su espíritu genial, la acción del medio sobre los seres con todo su dinamismo, lleno de interés.

Con estos estímulos y antecedentes la moderna escuela geográfica francesa dirigida por Vidal de Lablache, ha realizado verdaderos primores en la interpretación de estos fondos naturales localizados que forman precisas y concretas unidades geográficas, fijando claramente el horizonte, considerando el territorio y sus agentes geológicos, explicando su vegetación y su fauna, analizando la acción del clima y de los factores erosivos, de la luz y del calor sobre el relieve y el tapiz vegetal y los establecimientos humanos, con la descripción que los diferentes aspectos que el paisaje reviste, según el curso de las estaciones, a la vez que por otra parte se acierta a tomar en cuenta la reacción de la labor humana sobre los elementos naturales.

En este proceso evolutivo del sentido del paisaje, el que llamamos pintoresco no pudo tener estimación en la antigüedad por la profunda antipatía y el recelo que en la Edad Media y en los tiempos anteriores inspiraban las montañas, propicias a la asechancia, llenas de riscos y peligros. Las perspectivas limitadas en un horizonte de sombrío aspecto, los caminos tortuosos y empinados, el ambiente húmedo y brumoso, infundían a los hombres de otras épocas una irreprimible prevención.

Con la reacción contra el sentir de anteriores épocas, aparece el gusto por los paisajes frondosos y amenos. El árbol cobra importancia como principal elemento decorativo de la perspectiva; preocupación que con la de las suavidades de la verde llanura, «el prado por Abril de flores lleno», las laderas tapizadas de césped o el bosque frondoso coronado por cimas nevadas, dan la imagen más repetida y vulgar del paisaje exaltado en la literatura del siglo XIX.

Y en esta transformación ideológica y sentimental del goce por el paisaje era inevitable la desestimación de las llanuras desnudas de arbolado, o de las perspectivas áridas, de áspero ambiente, aunque parezcan iluminadas por la más esplendorosa luz del cielo constantemente vestido de azul inmaculado.

Mas contra la supuesta falta de interés artístico atribuída generalmente por el criterio popular a los campos rasos, a la llanada escueta y adusta, vienen reaccionando desde hace medio siglo con todo entusiasmo los cultivadores de las letras patrias, superando la preocupación vulgar con una simpatía ardiente al paisaje de Castilla basada principalmente en motivos ideológicos y sentimentales, en evocaciones históricas y en consideraciones abstractas no siempre bien relacionadas con la solemne belleza que en su inmensidad ofrecen los paisajes castellanos y la impresión de unidad, de claridad, de sobriedad y de fortaleza que deja su contemplación.

### III

#### EL PAISAJE CASTELLANO

Mas ¿puede hablarse en realidad propiamente del paisaje castellano? ¿Es Castilla siquiera un espacio concreto y definido en la geografía peninsular? ¿Sabemos, acaso, de modo indiscutido o indiscutible hasta dónde llegan exactamente los contornos de esta región colmada de prestigios tradicionales que a través de los siglos ha llenado la historia con sus hazañas, forjando la patria al contacto con otras regiones?

La expresión histórica de Castilla no coincide ciertamente con el área geográfica en que viene emplazada su influencia rectora de los destinos nacionales. Y así considerada, tomando en cuenta para el caso el inexplicable desvío que hoy siente hacia ella la comarca santanderina de la Montaña, puede decirse que la región castellana se identifica «grosso modo» con casi toda la gran meseta que la cordillera central separa en sus denominaciones de vieja y nueva Castilla. No habría inconveniente en reconocer y aun en afirmar que Castilla es principal y casi exclusivamente la meseta central de la Península y que los límites históricos de la región castellana se confunden con ella.

Lo que sí es indudable es que las grandes líneas de esta región, tan abierta y expansiva, resumen en sí todos los rasgos principales de España, como el modo de ser de sus hombres ha impreso tono y carácter a todo el desarrollo de la nación. Por eso ha podido decir Eliseo Reclús, con acierto, que Castilla era la España por excelencia.

Hay, efectivamente, bien definida una amplia zona natural cuyas características no carecen de homogeneidad merced a las altiplanicies que se alzan en el centro de la Península con la cordillera separatoria, a cuyos lados se extienden por el N. O. y S. E. en parameras, mesas y aun macizos montañosos de formación predominantemente tabular y que llega en algunas direcciones casi hasta los mismos bordes de las franjas costeras.

Toda esta amplia zona no es más que una vieja penillanura recubierta por sedimentos no plegados de las épocas terciaria y posteriores que ocultan por completo la estructura de su recio basamento, el cual, desde los remotos tiempos geológicos en que se fijara, viene constituyendo el más firme macizo de la Península, al que han ido adhiriéndose en el proceso multiseccular los terrenos que han venido a formar el promontorio ibérico.

Que este núcleo central de la Península, arcaico y primario, estaba llamado desde su origen a grandes destinos, no ofrece duda tampoco en los tiempos históricos. Sobre él acamparon las sobrias tribus que supieron mantener su independencia hasta humillar el orgullo de Roma y sus sucesores en la E. M., desde «el pequeño rincón de Castilla» forjaron con sus proezas y heroísmos la nacionalidad.

Y no parece sino que los ocho siglos de lucha con los árabes y demás pueblos orientales llevaron a los españoles a fijar la mirada hacia Occidente, en que al fin descubrieron un nuevo continente donde poder desplegar inagotables energías civilizadoras.

Bien es verdad que esta meseta central de la Península, inclinada hacia el Atlántico, donde afluyen las aguas de sus ríos, recogidas en amplias cuencas, vuelve ostensiblemente la espalda por su buzamiento, al mar latino, como si nada quisiera con él, a pesar de su proximidad. Y hasta es curioso advertir que nada causó más daño a sus puertos que el descubrimiento de América. Tras él las grandes vías de la Civilización cambiaron de rumbo y el «Mare nostrum» quedó al principio de la Edad Moderna postergado. Pero a pesar de todo, es lo cierto que continúa influyendo poderosamente en la Península Ibérica, donde se advierte siempre, lo mismo en el clima que en la vida vegetal, las influencias mediterráneas. Nuestros árboles, nuestros cultivos, nuestra fauna, son como las de los países que bordea este divino mar.

Tales influjos meteorológicos ascienden hasta la submeseta septentrional, inmensa barcada rellena de depósitos aluviales de una gran uniformidad geológica predominantemente arcillosa y

en cuya cuenca fluvial, la más extensa de la Península, se señala de E. a O. el gran surco del Duero, discurriendo por entre los espesos mantos terciarios y cuaternarios que tapizan el suelo de Castilla.

Su relieve es llano, ampliamente horizontal, con leves ondulaciones suavemente modeladas en la naturaleza arcillosa dominante en el terreno. En otras partes los agentes erosivos, influidos por circunstancias diversas, esculpen en las variadas rocas numerosas formas de relieve. Aquí la homogeneidad del suelo, cubierto de arcillas, margas y calizas de origen sedimentario, propende a la nivelación igualitaria de las llanuras uniformes, altas o bajas. Todas las formas topográficas guardan al menos cierto parentesco y semejanza, como peculiares de los países áridos.

Estas planicies, desde la época terciaria en que se formaron, unos 300 metros más bajas de lo que ahora aparecen, no han sido alteradas en su horizontalidad. Mas con todo y a pesar de los tópicos circulantes, la meseta castellana no es una plataforma rasa, de tierras completamente llanas y uniformes, pues en ellas se modelan algunos relieves de considerable significación. Este modelado es generalmente producto de la erosión y de la denudación que las aguas y los demás agentes atmosféricos han operado a través de milenios.

Poderosos agentes de destrucción y de transporte, los ríos, lentos y perezosos en un país llano, escasos de caudal la mayor parte del año, que hoy vemos divagar mansamente por las llanuras, diseñando amplios meandros o escondiéndose humildemente en el perfil de los valles, han realizado también en el país un ingente trabajo de demolición, tajando los páramos, que unidos constituían antes el nivel dominante en el territorio y escabando estas depresiones de los valles donde los pueblos se asientan generalmente y por entre los cuales los ríos discurren ahora, tranquilos y sosegados, después de haber transportado al Océano la masa enorme de las tierras excavadas para su asiento.

Así, a la remota nivelación casi uniforme que el país llegó a alcanzar por sedimentación en otros remotos tiempos geológicos,

ha sucedido una serie de llanuras escalonadas y unidas por ásperas pendientes.

Arriba quedan los páramos, hoscos, adustos ya casi desarraigados y desnudos de vegetación, los cuales avanzan en todas las direcciones hacia el centro de la cuenca en que la acción fluvial los ha disecado, percibiéndose entre ellos las bajas llanuras aluviales dedicadas al cultivo y a la habitación humana. El progreso y la civilización necesitaban esta previa tarea de escultura que los ríos han llevado a cabo silenciosamente. No hay en la Naturaleza mejor ejemplo de paciencia, de eficacia y de humildad ¡Que mucho que a espíritus cultivados despierten una eterna gratitud!

Entre ambas superficies escalonadas, testigos de esta labor, quedan las cuestas abruptas, con áspera pendiente cuando los materiales margosos que las constituyen tienen mayor coherencia, suaves y tendidas generalmente o erosionadas por las aguas escorrentías de los páramos con profundas cárcavas y barrancos.

Más abajo las formas de denudación del relieve acusan generalmente figuras redondeadas de los cerros y collados como restos de altiplanicies raídas y desmanteladas, frecuentemente unidas entre sí por su base y otras veces el páramo se desgaja en una serie prolongada de terrazas o extensos bancales a manera de escalones situados en la ladera y de aspecto tan huraño como las alturas, no obstante lo cual hoy sube hasta ellas la reja del arado.

La naturaleza arcillosa, dominante en el territorio castellano, con la ondulación y suavidad de formas de relieve, prestan al paisaje un aspecto senil que la desnudez de vegetación en páramos, alcores y laderas acentúa hasta la desolación. El clima, rudo y extremado, de marcado carácter continental, con grandes diferencias estacionales, predominio de temperaturas bajas o ardorosas y escasas lluvias, mantiene el suelo en su mayor parte desforestado y entregado principalmente al cultivo cereal que sombrean algunos sotos e interrumpen en ciertas comarcas extensos rodales de pinos.

La Naturaleza ha trabajado sin descanso para suavizar y modificar el aspecto de todas estas protuberancias, dejándolas a veces como obra de escultura a medio desbastar; ha nivelado, sur-

cado y esculpido hasta el detalle estas superficies que se ofrecen perfectamente limadas y planas, bien dispuestas para el cultivo si no ha privado al suelo de toda fertilidad.

La frecuente observación de formas topográficas duras y ásperas, propias de los países secos, aparece aquí contrarrestada por la escasa consistencia de los materiales formativos, producto de la sedimentación que ha preparado estas nivelaciones y que el tiempo lentamente va perfeccionando, hasta llegar a una horizontalidad absoluta, anulatoria del relieve que fije definitivamente la llanura de ablación o de arrasamiento.

\* \* \*

Tal es diseñado a grandes rasgos el aspecto actual y esencial de la topografía castellana muy distinto del que fuera en tiempos pretéritos y es seguro que no ha de continuar igual en los futuros. Los agentes que la han modelado no están quietos, ni pueden estarlo porque es esencia de su vida esta labor. Las formas actuales que sorprendemos para dar una idea de la fisiografía del país y que tan inmutables parecen, no son más que una fase de su eterna transmutación. Dantin gusta a este respecto de invocar unos versos de Gonzalo de Berceo en los Siglos del Juicio:

«Aplanarse han las sierras y todos los oteros;  
serán de los collados los valles companneros».

Tarea incesante esta de la naturaleza erosiva que lentamente, en asociación con el tiempo, también interminable, acaba por raer y arrasar las montañas más altas, colmar los valles y depresiones, nivelando la superficie en todas partes.

Por eso solamente el paisaje puede ofrecer al geógrafo, al naturalista o al pensador un interés muy diferente del que reviste ante un observador vulgar, quien subconscientemente le cree eterno.

Apuntemos por ello en seguida—ya que hemos tardado en llegar a este punto—cuales son las características esenciales de estos paisajes castellanos que a pesar de todo aún tardarán mucho en transformarse.



La amplitud espaciosa de los horizontes, la carencia de relieves pronunciados, verdaderamente montuosos, con amplias sierras y picos elevados: la horizontalidad, con leves ondulaciones en sus llanuras; las dilatadas perspectivas que ofrecen por tanto; la altura diáfana del cielo, la transparencia cristalina del ambiente, la vibrante luminosidad del aire, la armónica pobreza de las formas de relieve, la uniformidad matizada de las coloraciones; el panorama admirable y dilatado de líneas tan finas, de colores tan suaves en el territorio, con sus tonos apagados por la intensidad fulgurante de la luz; y en fin la sobriedad poderosa de las plantas y la resignación estoica de los hombres, luchando contra el suelo, duro y compacto, contra el viento, seco y helado, contra el desabrigo natural del terreno y contra el ardor implacable de los rayos solares... Todo en Castilla es uniforme: la constitución geológica, la disposición del suelo, el cultivo a que milenariamente viene sometidosela, el aspecto general de los campos, la aspereza y aridez del ambiente, la descompuesta y brusca climatología, que fortalece a sus hombres.

Como todas las comarcas de dilatadas extensiones, desprovistas en gran parte de vegetación arbórea, presenta en medio de la grandiosidad de sus perspectivas una austeridad que parece rudeza y monotonía; una sobriedad de detalles que se llamaría desolación. Bajo el cielo brumoso del norte este suelo sería lúgubre; con la iluminación esplendorosa del sol de Castilla y bajo la cúpula azul del cielo alto, diáfano y puro, el paisaje es grave y austero, pero el campo no es triste ni desprovisto de interés. No faltan en él, para ojos inteligentes, matices y tonalidades finos y delicados, así como notables contrastes a través de la sucesión de estaciones que operan en su aspecto una curiosa y completa transformación.

Castilla en fin es el territorio de mayor individualidad en la Península; don E. Hernández Pacheco le atribuye características de paisajes extraeuropeos de tipo centro asiático. Sin ir tan lejos, la verdad es que para poder contemplar paisajes como estos de Castilla, o ver algo semejante, hay que salir de Europa y llegar a la Anatolia, pasearse por Siria y Palestina o visitar Persia o el Turquestán. Estos conjuntos panorámicos de altiplanicies sin

montañas, de valles sin verduras, de cerros pelados, de tierras dominadas por la extrema aridez y la aspereza, iluminadas por la luz cruda y deslumbrante de un cielo sin nubes, no se encuentran más que en otros continentes.

Se explica por tanto el interés creciente y entusiasta con que recorren la Península los extranjeros, mucho más si son cultos e inteligentes, y la sorpresa admirativa de los que no lo son, ante sus variadísimos paisajes en las distintas regiones. Porque los de Castilla al menos no se parecen en nada a las policromas perspectivas de montañas nevadas y llanuras verdegueantes que ellos están acostumbrados a contemplar.

#### IV

### EL PAISAJE DE VALLADOLID

Mas el paisaje así esbozado, en términos de una vaga generalidad, no puede proporcionar de la descripción artística más que los rasgos y elementos esenciales. Y en esta delineación sumaria ¡cuántas diferencias de perspectiva, cuántos tonos y matices distintos! ¡Cuántos detalles olvidados de verdadero interés geográfico y de inspiración para el arte! Porque es indudable que a pesar de la monotonía y de la sobriedad características, los paisajes de Castilla son en realidad muchos y variados, aunque en todos puedan advertirse numerosas e íntimas semejanzas o afinidades.

Por otra parte, el paisaje concreto y detallado, propio para la descripción cabal y objeto de una labor artística, ya literaria o pictórica, ha de ser necesariamente «antropocéntrico», esto es, ha de tener un punto de referencia a la vista humana.

Ello nos inclina, naturalmente, a dirigir nuestra atención a las tierras vallisoletanas que tenemos ante nosotros, las cuales si no constituyen precisamente una comarca natural, resumen caracteres afines y homogéneos que pueden facilitar el examen del paisaje geográfico.

Una tarea de esta índole está además recomendada muy razonablemente con el estudio de los medios próximos en que el investigador desarrolla habitualmente su vida y puede recoger con facilidad, repetir y fundir con la reflexión mayor número de observaciones que le ayuden a percibir y exponer más precisa y acertadamente la impresión de la realidad.

Bien cerca de nuestra mirada se yergue ante el casco urbano de Valladolid una ingente fortaleza natural, la amplia meseta de Torozos, con una elevación de cien metros aproximadamente.

Le sirve de foso defensor, aunque en realidad va destruyendo su asiento, el Pisuerga, que después de haber pasado bajo seculares puentes romanos, reflejando adustos paisajes, jalonados por

pueblos hechos con la arcilla de sus riberas, viene recorriendo desde Cabezón una amplia llanura con repetidos y acentuados meandros, y al acercarse a la ciudad encuentra su valle limitado a la derecha por altas escarpas que le han de seguir hasta su confluencia con el Duero.

Este enorme baluarte orogénico de la meseta, que constituye el lomo de la provincia vallisoletana, separa la llanura cereal de la Tierra de Campos de los llanos pinariegos de la izquierda del río y desenvuelve su alineación de N. E. a S. O., cerrando por completo el horizonte en sus bordes poderosamente festoneados por la erosión.

La Naturaleza, tallando en resalte sus deleznables materiales, y disecándola armoniosamente en los terrenos terciarios por ingente denudación, ha suavizado los bordes con laderas erosivas que se apoyan a veces en estribaciones de prominencias redondeadas y arrasados cerros; ha dibujado circos en forma de anfiteatros, que como anfractuosidades se abren en el espesor de la masa montañosa, prolongando los salientes como proas avanzadas de tosquísima arquitectura; ha surcado las cuevas de grandes barrancadas y rellenado las rupturas de pendiente con la masa de derrubios que enmascaran los estratos; ha alterado las vertientes formando lomas que bajan escalonadamente hasta las llanadas inferiores; ha desfigurado, en suma, los cortes y precipicios, achaflanado los salientes, difuminando en grandes planos las líneas de los contornos para aproximarlas a las de la base y confundirlas con las ondulaciones de la campiña; pero no ha logrado borrar la línea sobria, aunque intrincada, que forma el perímetro de esta comarca fuertemente individualizada, no sólo por los resaltes orográficos que la dibujan en un plano rigurosamente tabular, sino también por el aspecto silvestre de su fisiografía y clara homogeneidad.

Bien próximo al barrio de La Victoria, cuyo subsuelo aparece en parte constituido por un banco de conglomerado, resto de una antigua terraza cuaternaria, sobre las reposadas aguas del Canal de Castilla, se alzan las escarpas de la Cuesta de la Maruquesa, percibiéndose claramente, a través de accidentes y

cortaduras, los distintos estratos que forman el conjunto de la formación; todos ellos en perfecta horizontalidad, aunque algunas capas y rocas resultan enmascaradas por los derrumbos y restos de recientes edificaciones.

Desde las vetas de arcilla puras y amarillentas, a las que se superponen otras arenosas, rojizas y oscuras, los bancos superiores, de materiales margosos, con colores cenicientos, gravas y arcillas plásticas, de coloraciones diferentes y distinto espesor, en cortes de pendientes que corresponden a su grado de cohesión, las formaciones aparecen rematadas por un conglomerado de guijas y lechos arenáceos ya recubierto por la tierra vegetal del escaso suelo de la altiplanicie.

Un estudio de estos estratos, de diferente potencia y coloración, permite a ojos inteligentes averiguar las condiciones climatológicas en que las sedimentaciones respectivas se han operado y hasta la vida vegetal y la fauna que les hollara en los remotos tiempos geológicos. Cada estrato resume un período en que a través de millares de siglos ha ido creciendo esta masa de tierras. La ciencia comprueba en ellos que los tres horizontes del mioceno, con su fea nomenclatura, de tortoniense, sarmatiense y pontiense, se muestran bien claros y distintos.

Pero mucho más interés tiene para el arte proyectar la mirada desde la altura, al borde de la altiplanicie, y disfrutar del soberbio panorama que ante ella se desarrolla, pues a medida que se asciende, de escarpa en escarpa, el paisaje aparece con distinto relieve, con otro perfil.

En primer término, sobre el valle cóncavo de la ribera izquierda del río, entre masas urbanas de verdura arbolada, la ciudad con su extenso caserío, sus palacios antiguos, sus torres y las cúpulas de sus iglesias, que emergen en una atmósfera difuminada y brumosa, como una nota incierta en la claridad del inmenso panorama, bañándose en la luz solar. El perfil de relieve por la nivelación del terreno y la regularidad de sus rasgos dan a distancia, en la panorámica lejanía, una impresión de monotonía bien distante de la realidad. Oscuras y sombrías manchas del verdor de las masas arbóreas salpican alegremente la edificación.

Asentada la capital desde tiempos remotos en la llanura de un pequeño delta entre dos ríos desiguales por su caudal, no ha podido ser nunca ciudad fortaleza, aunque haya desempeñado en la historia, con tiempos azarosos, alguna función militar. Por su emplazamiento en terreno descubierto y saludable, es más bien una urbe pintiparada para asiento de gentes pacíficas, una localidad bien situada para el intercambio de mercancías y acumulación de cosechas. Cuando se hizo preciso defenderla y fortificarla, se la dotó apresuradamente de una tosca muralla de tierra, cuyos restos aun se conservan semiocultos en algunas de sus viejas calles. Mirada la población desde arriba, se hace bien patente la inutilidad de estas deleznable defensas. Entró tarde en la historia y fué Corte cuando en los alcázares ya no era indispensable ninguna ventajosa situación natural.

No por eso podrá decirse que sea Valladolid la menos noble de las capitales de Castilla, como apunta Gómez Moreno; que otras tienen emplazamiento similar, y si la vida histórica de la nuestra es más moderna, de su pujanza siempre creciente como población, de su desarrollo económico y de su importante contribución en los momentos difíciles de la vida de la patria, hay mucho que decir. Su geografía histórica ofrece a los estudiosos uno de los libros futuros de mayor interés.

Detrás, hacia el N. E. se modelan en resalto, como baluartes orogénicos de tosca y maciza arquitectura, lomas y páramos amesetados, con sus laderas de derrame surcadas por hondas cárcavas que la erosión de las aguas ha originado y acentuado **enérgicamente** en la naturaleza arcillosa y margosa de sus rocas componentes. Son las altiplanicies que avanzan de las parameras de Peñafiel, entre el Duero y el Esgueva, las alturas cerratenses entre el Pisuerga y el Carrión, o los recios paramales en que los ríos Duratón, Cega, Adaja, Zapardiel y Trabancos han excavado sus lechos y tallado sus valles de denudación.

En la extensa zona de páramo entre el Pisuerga y el Esgueva, prolongación de las altiplanicies burgalesas, los arroyos afluentes han labrado profundos entrantes y avanzados promontorios. Otro tanto sucede entre el Esgueva y el Duero cuyos páramos llegan a

las cercanías de La Cistérniga: ante ambos salientes álzanse los conocidos cerros de Santorcaz y San Cristóbal en los cuales la labor erosiva ha sido tan fuerte y tan eficaz, que los ha desgajado de los páramos, dejándolos completamente aislados y al descubierto, en todas las direcciones, los estratos horizontales que forman sus erguidos trozos de pirámide.

Hacia el S. E., en los límites de la provincia con la de Avila y Salamanca, apenas se destacan accidentes topográficos. La erosión ha arrasado cerros y muchos casi por completo, predominando la llanura que forma en el horizonte una línea continua cuyos términos lejanos se pierden o quedan difuminados por la bruma o la calina, según la estación.

Más próxima, alcanzando los suburbios de la ciudad, los verdores oscuros de los pinos denuncian otra comarca diferente: es la típica Tierra de Pinares con sus suelos silíceos, sus sombreros bosques y apacibles rodales que tan bien crecen y se desarrollan en los terrenos arenosos de la orilla izquierda del Duero.

En los días claros y despejados del invierno, tan propicio en este clima a las cristalinas transparencias, pueden abarcarse con la mirada, desde la plataforma de Torozos, inmensas lejanías, percibiéndose hacia el N. cubiertos de nieve los contrafuertes de la Cordillera Cantábrica, las llamadas montañas de León, la Sierra del Brezo o las Peñas de Cervera; al P. las sierras de la frontera portuguesa; mientras que al S. se divisan las del ingente sistema de la Cordillera Central, apreciándose con claridad los macizos de Gredos, Guadarrama y Somosierra. Casi media España puede abarcarse desde estas despejadas alturas, tan próximas a la ciudad, donde se respira a pulmón pleno el aire fresco y ligero con fácil bienestar.

Esta inmensa terraza de los montes de Torozos, hoy en su mayor parte desforestados, ofrece en su alta superficie una perfecta horizontalidad prolongada hacia N. O. hasta Medina de Río-seco; por el N. E. hasta dar frente a Palencia donde el Carrión baña sus asientos y por el S. hasta Tiedra donde la meseta se descompone y descuartiza en lomas, valles y montículos que alcanzan la provincia de Zamora.

Presenta este alto país, reciamente estructural, alternados paisajes de bosque residual, robles y encinas en precario, y zonas desmanteladas en su más cruda desnudez, destinadas ahora al cultivo cereal sobre un suelo pobre y de escaso espesor donde las plantas no pueden prolongar sus raíces a través de la costra caliza, compacta y potente, que aflora en muchos sitios y denuncia la esterilidad. La aspereza y la sequía dominan por todas partes y la crudeza de su clima es proverbial.

Desde los malecones o salientes de estas inmensas plataformas disfrútase bien el paisaje abierto y dilatado del territorio de Valladolid, lleno de luz y de serenidad, en que las coloraciones se amortiguan y sus relieves topográficos se suavizan por la distancia. El azul profundo del cielo, en que todo se funde, muéstrase desde lo alto más puro y luminoso que desde el valle.

Desde los bordes de esta altiplanicie, suave y caprichosamente festoneados, descienden las laderas de derrame con variadas inclinaciones en la pendiente, según la distinta consistencia de los estratos que quedan al descubierto, con las coloraciones grises de las margas o amarillentas en las arcillas, cuando no se disimulan o encubren entre los derrubios de la erosión que las ha surcado por anchas grietas en cárcavas y barrancos. La Naturaleza ha trabajado sin descanso para modificar en las distintas épocas el aspecto del paisaje. Con un poco de imaginación podemos asistir a la gran labor erosiva de las aguas sobre la masa de monte una vez roto y descompuesto el escudo protector de las calizas en su alta superficie, arrancando despojos para rellenar al fin las zonas inferiores de hundimiento.

Como una gubia poderosa ha ido esculpiendo la lluvia el modelado de estas vertientes desprovistas de una vegetación espontánea que pueda protegerlas, atacando con más eficacia las vetas blandas de los terrenos sarmáticos y con marcada indecisión los estratos calizos o arcillosos que ofrecen una mayor resistencia.

Lo que no es tan fácil de imaginar es la enorme y maravillosa labor de demoler y arrastrar los terrenos que sin duda en otros tiempos han unido todos estos páramos y vaciar este valle donde la ciudad se asienta.



V

### LAS HAZAÑAS DEL PISUERGA

Más abajo, mordiendo implacablemente la base de esta terraza, se alarga el Pisuerga, alojado en una línea de fractura de la meseta que señalan los estudios geológicos, una prolongada arruga terrestre operada de los estratos sedimentarios de la región, no por ninguna conmoción interior, sino como resultado de compensación isostática de movimientos lejanos en la corteza terrestre; acaso los que abismaron en el Océano los valles de Galicia convirtiéndoles en rías y dibujaron las conchas de la costa mediterránea cuyos extremos se unían a las Islas Baleares.

Y es el río sin duda el que pertinaz e incansablemente ha operado esta gran transformación, favorecido por otros climas distintos del actual en las épocas glaciales e interglaciales de grandes deshielos y lluvias abundantes que le proporcionaran energías hoy inconcebibles; siendo lo más curioso que de esta tarea multimilenaria ha ido dejando este Hércules fluvial rastros y reliquias que resultan verdaderos testigos de la hazaña.

Ahí, bien cerca, en el mismo borde superior de la Cuesta de la Maruquesa, en que para esta descripción nos hemos situado idealmente, aparece a 731 metros de altura un banco de conglomerado de cantos sueltos de cuarcita, cantos rodados de arenas miocenas y areniscas paleozoicas en apretada conjunción, fuertemente cementada. Este banco saliente y voladizo en los altos planos de la ladera, cuando aparece superpuesto a materiales blandos y deleznales, no es otra cosa que un resto del lecho del Pisuerga, que también andaba en tales tiempos por estas alturas, a las que ya había ido descendiendo desde niveles superiores, más próximos a los de la llanura de Torozos.

En el coronamiento de las Cuestas de Prado Ancho y Fuente de la Cueva, por cima de los terrenos de la carretera de Fuen-saldaña, encuéntranse también vestigios del lecho del río a 781 y 785 metros respectivamente; esto es, a una elevación de cien

metros aproximadamente sobre el nivel de superficie actual del río Pisuerga.

A medida que éste iba avanzando en su labor denudadora y de transporte de tierras, tendría naturalmente que ir descendiendo el nivel de sus aguas, a la vez que ahondaba su cauce. Y parece que éste no ha seguido siempre la misma ubicación, pues también en las laderas opuestas del valle hay signos y restos de conglomerados o depósitos de acarreo que denuncian su paso por tales parajes. La enorme acumulación de cantos rodados y conglomerados del campo de San Isidro no tienen otro origen. Es la corriente fluvial del Pisuerga la que ha ido depositándolos allí y transportándoles lentamente desde las montañas de que se desgajaron y constituyen dentro del campo vallisoletano la tercera terraza en orden de antigüedad.

La extensión y potencia de los bancos que la forman dan idea de esta ingente labor. El río en aquella época corría más al Este de la ciudad, aunque variara posteriormente, pues en los campos de la Huerta del Rey se encuentran, asimismo, extensos depósitos de los mismos materiales y de las calizas de Torozos, a unos diez metros sobre el cauce actual del río.

La cementación de estos mantos de aluviones, cuyo transporte acusa la impetuosidad de las corrientes, es muy fuerte en las terrazas altas y decrece hasta la baja en que los cantos están sueltos, como si el río hubiera ido purificándose con el transcurso del tiempo, de las sustancias aglutinantes que en principio llevara en disolución.

Las aguas de la red fluvial corrían durante el período cuaternario en la misma dirección que hoy aproximadamente, pues no hay entre los materiales arrastrados ninguno de los constitutivos de la cordillera central.

Un estudio científico de estas terrazas ha permitido a los eminentes geólogos señores Hernández Pacheco reconstruir la evolución del valle del Pisuerga durante el período llamado pleistoceno y estudiar los distintos caudales del río en sus varias épocas, así como la variabilidad de su poder erosivo y la fuerza de su corriente según su diversa inclinación en relación con las

dimensiones que los cantos rodados acusan en las distintas terrazas; todo con una sagacidad tan bien razonada y convincente, que no permite la duda a la más desconfiada incredulidad. Mucho más teniendo en cuenta que el fenómeno aparece también comprobado en otras comarcas y en los cinco ríos principales de la Península sometidos a los mismos regímenes climatológicos y que también han dejado la huella de su vida y de su labor en las respectivas terrazas o plataformas aluviales.

Hoy el Pisuerga continúa fluyendo ante Valladolid, tranquilo y sosegado, semiculto entre la fronda de sus riberas; pero no se crea que, sumiso, haya renunciado a su milenaria labor. En la disimetría de su emplazamiento continúa socavando poco a poco las tierras de su orilla derecha, mientras por razones urbanas se le ha ceñido un dique ornamental de cemento en la margen izquierda, donde él había ido dejando la playa y nada había de socavar ni destruir.

Si la población no le canaliza por completo, en ambas márgenes, iría destruyendo el Valladolid futuro de la Huerta del Rey en los terrenos de su ensanche. Su trabajo sólo acabaría con su vida, cuando le falte la linfa y quede exhausto su cauce. Los agentes de la Naturaleza nos dan este ejemplo tan noble: el de trabajar hasta los últimos días de su existencia, sin derecho a la jubilación, ni al descanso, ni al disfrute de seguros de carácter social, tan humanitarios como desmoralizadores.

Y no podrá reprochársele tampoco que su obra carezca de calidades artísticas. Si la Naturaleza suele pronunciarse con sobriedad de líneas y de color en el paisaje de Castilla, éste de los contornos de Valladolid, regados por las aguas del Duero y del Canal de Castilla, es sin duda de líneas y rasgos, colorido y animación bastantes para componer un cuadro natural de indiscutible interés.

Mucho más después de saber el tiempo que al río le ha costado plasmarle y los distintos niveles y perspectivas que ha tenido en el transcurso de milenios al surcar y erosionar tenazmente las llanuras castellanas.

## VI

### EL ARTE COMO PREMIO DEL TRABAJO

Estoy sospechando vuestra natural extrañeza al considerar que a esta prosopopeya semihumorística y a todos los escarceos topográficos y geológicos que la preceden, no se les encuentra fácilmente sus afinidades con las bellas artes a que esta Academia se consagra tradicionalmente; pero permitidme os diga que si las investigaciones de orden arqueológico han tenido siempre en ella indiscutible acogida, esperamos se admita también que la interpretación de estos «incunables de la Naturaleza», como el libro del paisaje geográfico de Valladolid que acabamos de hojear, y de todas las páginas telúricas que nos cuentan los azares de su vida, en épocas en que la vida de la Tierra no estaba exenta de una ruda y maravillosa belleza, ha de ofrecer asimismo motivos de interés para ilustrar el proceso del pasado, aunque sea en épocas tan remotas en que los seres humanos no podían lucir sus habilidades fuera de las cuevas prehistóricas, sencillamente porque no les había llegado aún el momento de asomarse al mundo con confianza, sin que por ello el mundo estuviera entonces horror de arte. Las realizaciones de éste y las empresas del conocimiento son más remotas de lo que se piensa.

De todos modos os presento mis excusas por la importancia que en esta disquisición se ha concedido al aspecto científico de un asunto cuyo designio final había de ser de orden artístico. Pero es que el arte puro, abstracto en el mejor sentido, ya arcaico, de este vocablo, no basta para dejar satisfechos a todos los hombres porque, empalaga también, como el dulce, hasta a los cultos. Y nos atrevemos a pensar que para serlo de veras hay que tener simultáneamente dos fuegos encendidos en el alma: uno delante de la verdad y otro ante la belleza. El tributo que a ésta se rinde es más sincero y más interesante, hasta quizá más entusiasta, cuando se llega a ella por los caminos de la investigación científica. Y aun para el propio esfuerzo que ésta requiere, viene a ser la emo-

ción del arte como una compensación y sabroso descanso. El arte es tanto trabajo como inspiración.

Por grata que sea la impresión artística de un cuadro, por satisfactoria que nos parezca la contemplación de un paisaje y su comprensión como un trozo de la Naturaleza a través de un alma, hay sin duda una degustación más fina y elevada, más comprensiva y consciente, cuando además recibimos de la obra de arte una íntima explicación de lo que revela y despierta paralelamente en los rincones oscuros del sentimiento y en el área clara de la inteligencia. Sentir lo que se ve es mucho; pero para un espíritu cultivado es más comprender lo que se mira. La cultura moderna ama apasionadamente la precisión y si el arte la disimula con sus vaguedades, la ciencia la pone de relieve con perfecta claridad.

No me negaréis que una libertad de espíritu para poder apreciar al mismo tiempo las relaciones entre aspectos tan distintos y profundos puede conducir a la edificación íntegra de la persona humana como la de aquellos artistas del Renacimiento italiano dotados de tan excelsas y excelentes aptitudes. Al menos al genio de Leonardo de Vinci se le admira por la destreza con que conciliaba en sus obras y en su vida estas ideas.

Y si vosotros participáis de las que os he expuesto, no necesitaré pedir os dispensa por haberme detenido tanto en el estudio del paisaje geográfico de Valladolid para deciros tan poco del artístico. Que el cariño a esta patria adoptiva, donde he pasado ya la mayor parte de mi larga existencia, me sirva también de disculpa.

## CONTESTACIÓN

Si la amistad y continuada relación, con afinidades de ideas y de gustos, puede conferirnos un título de honor, yo, con pleno derecho, he de sentirme honrado en este acto, contestando al discurso académico que acabáis de escuchar.

Nos hallamos ante un hombre de fuerte personalidad aquí, en Castilla, asentado en Tierra de Campos, donde tantos hombres ilustres han pasado inadvertidos, y, tantos otros que tuvieron resonancia en el mundo, han sido olvidados. Dicen que Castilla hace sus hombres y los gasta. Más bien podríamos decir que se hacen ellos, con la individualidad que los caracteriza, y que sus conterráneos apenas reparan que se han hecho.

Justo González Garrido, en el curso de una vida de trabajo, teniendo como centro de sus estudios y acción Medina de Rioseco, la ciudad de los Almirantes, arrullado por las campanas de sus iglesias y a la sombra de la torre de Santa María, nos ofrece una existencia de serena contemplación, que no excluye las actividades más diversas. Jurista, literato, investigador, político... y, todo ello, con una media voz que encubre su modestia. No tuvo nunca prisa por hacer, sino, más bien, el deseo de realizar la obra bien hecha. Y, así, le vemos en este lugar por derecho propio, como maestro de muchas enseñanzas, recogido en sus inquietudes, que si tuvieron lugar en la contemplación constante de un paisaje, estas lejanías de la Tierra de Campos le dieron impulsos hacia lo universal, haciéndole meditar en lo pretérito, curioso para evadirse de lo cotidiano con vocación de viajero, para no ser ajeno a las emociones contemporáneas del mundo. No fué, pues, el rústico en su rincón. Supo cultivar su tierra y recorrer tierras. Quienes todo esto lo hemos hecho de prisa, tenemos que admirar a quienes lo han hecho despacio. En la obra de Justo González Garrido no veréis nunca el vértigo, sino el reposo. Y el reposo trajo a su espíritu dos grandes virtudes: la serenidad y la ponderación. Virtudes muy

raras en nuestro tiempo, en el que la improvisación se nos ofrece como meta del logro.

Su obra más extensa y profunda, el estudio de la Tierra de Campos, como región natural, se atiene a la más severa disciplina, y en ella abarca el tema geográfico bajo todos sus aspectos, y es un libro fundamental cuyo método y técnica aplicados a las demás regiones de España, podría darnos un concepto estricto de lo que fuimos y de lo que somos, de lo que es la tierra en su constante evolución y lo que son los hombres en su perpetuo fluir.

El discurso que habéis escuchado no es sino un corolario de lo que representa este libro con respecto al paisaje, llegando en él hasta las márgenes del Pisuerga como creador y protagonista de Valladolid. Son milenios de trabajo de lo inerte, para crear lo vivo. No podemos conocer un país sin penetrar en el sentido de su paisaje, y, entonces, advertimos hasta qué punto lo geológico se convierte en materia artística, y cómo de la tierra y de los ríos y del clima y de las convulsiones y evoluciones naturales, surgen pueblos, ciudades y hombres, convirtiéndose la tierra en escenario histórico, infundiendo modos psicológicos a una raza, prestando sentido y vida a un lenguaje, creando el tono de unas costumbres y siendo artífices de un carácter.

Se nos dice en el Génesis que el hombre fué creado de barro, tierra con agua; pues bien, si de la tierra procedemos, la tierra continúa siendo la rectora de nuestra vida, y el diálogo del hombre con la tierra no se ha interrumpido. Somos personajes de un drama, y la tierra es nuestro proscenio, y el paisaje el decorado. Quizá no ha habido en nuestra Patria una tierra mejor para crear hombres como la de esta meseta castellana.

El estudio de la formación y desarrollo de un paisaje corresponde a una ciencia que yo desconozco, siquiera científicos, eruditos y observadores, como Justo González Garrido, hayan penetrado en ella; mas, para mí, el paisaje tiene, de una parte, un sentido metafísico como término de relación de nuestro ser y existir, y otro aspecto estético en cuanto afecta a nuestra sensibilidad. Lo que podemos llamar biografía de un paisaje,



su nacimiento, proceso y evolución, es, sin duda, muy interesante; pero quien recorre paisajes desinteresadamente, los contempla en su fluir perpetuo, con sus cambios de luz, de color, de temperatura, y siempre para él el paisaje será una instantánea, ya que no es posible a nuestros sentidos penetrar en esta cinemática de la Naturaleza, en la que lo más estático, la superficie y los contornos, está sometido a las contingencias de lo flúido y vaporoso. De ahí la nostalgia que nos provoca el paisaje, en el significado estricto de la palabra nostalgia, el de regreso.

Quizá el paisaje no ha cobrado esta calidad de «instantánea», para mover nuestra sensibilidad, hasta que surge en la pintura el Impresionismo. El paisaje se transforma entonces, de fondo, más o menos inventado, en protagonista del cuadro. El Naturalismo trata de transcribir paisajes con minuciosidad que no advertimos en los clásicos; mas lo que podemos llamar la emoción del paisaje no surge hasta principios de siglo, cuando empieza a no concederse importancia a la minuciosidad descriptiva, y sí a aquellos aspectos más inefables que plásticos. Lo que queda en nuestra alma de un paisaje, cuando nos alejamos de él; lo que nuestros sentidos han captado de un paisaje, creando en nuestra memoria un recuerdo. Produce, entonces, el paisaje, estados de ánimo, y a esto es a lo que podemos llamar una interpretación literaria. La variedad de accidentes y su constante mutación, impiden que nuestros sentidos capten la totalidad de un paisaje, y, por ello, centramos nuestra emoción en un detalle, en un destello, en un contorno...

Los grandes sensitivos del paisaje han creado tópicos que, recogidos por quienes no conocen aquel paisaje, se convierten en frases muertas. Posiblemente este paisaje de Castilla haya sido el más atormentado por el lugar común. En la meseta central la emoción del paisaje nos la produce algo que no es concreto, sino fusión de forma, de luz, de color, de clima..., y solamente así podemos penetrar en el concepto de lo que es lejanía y confín, aire y aura. Porque en el paisaje tiene una gran importancia el cielo. Cada paisaje posee su cielo propio; las nubes, en su emigración, cambian de forma al encontrarse con un paisaje nuevo,

y las mismas estrellas nos ofrecen una fuerza expresiva diferente si las contemplamos en un lugar u otro. Los geólogos y los astrónomos cumplen su función; la geografía es muy interesante, mas yo he practicado una Geografía viva, viajando, y en mis viajes he aprendido que un pino es diferente en las Landas francesas que en las llanuras de Medina.

En Justo González Garrido se aunan la ciencia y el arte. Sabe lo que, esencialmente, es un paisaje en sus elementos inertes y en su evolución a través del tiempo; pero es capaz, igualmente, de recoger lo que podemos llamar la psicología del paisaje, los motivos de emoción que un paisaje provoca en un espíritu avisado, y, así, se manifiesta en sus libros de viaje, cuando, apartado de su tierra familiar, ha recorrido países de Europa y de Oriente.

Surge entonces el escritor nunca improvisado, sino con un conocimiento profundo de nuestro idioma, y, al calor de su lenguaje, advertimos hasta qué punto han influido en él sus copiosas lecturas literarias, y, esto, unido al contacto vivo, en el diálogo, con artesanos y campesinos de la Tierra de Campos, que es, posiblemente, la región española donde mejor se habla el castellano. El arte del buen decir de Justo González Garrido sería poco, si no fuese acompañado de una virtud creadora, y de una inagotable curiosidad hacia el mundo real al que nos llevan infinidad de caminos, y, asimismo, al mundo del pensamiento que podemos recorrer solamente con muchas horas de lectura. Los viajes, los libros y el diálogo; he ahí el círculo de actividad en que se ha movido este literato sencillo y profundo, en el que todas las inspiraciones sobre el pasado no le impidieron nunca ser hombre de nuestro tiempo. Es difícil vivir la hora actual, sin un gran acopio de experiencia.

Nuestra Academia, al acogerle en su seno, da prestigio a su tradición, haciendo justicia como el río de nuestra ciudad, famoso por la mansedumbre de sus aguas. Así algunos hombres abren cauce en el pensamiento con fuerza irreprimible, creando, después, remansos y meandros apacibles, sin que nadie advierta que en virtud de aquella fuerza, se produjo el sereno fluir.

---

